

## PRIMERAS IMPRESIONES DE BORIS DE TANNENBERG SOBRE MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, Y VICEVERSA\*

### PREMISAS

El hispanista francés de origen ruso Boris de Tannenberg (Moscú, 1864-París, 1914) es recordado hoy en día por sus colaboraciones en los primeros números del *Bulletin Hispanique* y, sobre todo, por sus libros sobre la literatura española e hispanoamericana, *La poésie castillane contemporaine* (1889), *Un dramaturge espagnol: Manuel Tamayo y Baus* (1898), *Écrivains castillans contemporains: José María de Pereda* (1898) y *L'Espagne littéraire: première série* (1903). Como es sabido, el primero y el último de los títulos mencionados contienen dos capítulos sobre Marcelino Menéndez Pelayo, el uno sobre su poesía (1889: 218-221) y el otro, mucho más extenso, sobre su personalidad literaria y su obra (1903b: 85-210). Un breve anticipo de esa larga semblanza se había publicado en el *Bulletin Hispanique* en 1903, dentro de la serie de 'Silhouettes contemporaines' que Tannenberg les consagró a personalidades destacadas de su tiempo, como Emilio Castelar, Benito Pérez Galdós, Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez de Arce y Rufino José Cuervo: con todos ellos había tenido trato a lo largo de su vida, y a la mayor parte, incluido Menéndez Pelayo, los había conocido personalmente.

---

\* Este trabajo se basa en investigaciones realizadas durante una estancia en el centro RIRRA21 de la Universidad Paul Valéry de Montpellier, gracias a una ayuda a la formación posdoctoral concedida por la Xunta de Galicia en el marco del Plan gallego I2C. Su autor forma parte del proyecto *Ediciones y estudios críticos sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán* (FFI2016-80516-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Pero la obra crítica de Tannenberg comprende otros muchos trabajos, esbozos parciales de sus libros y textos en apariencia independientes, aunque conectados por su asunto, que nunca llegaron a reimprimirse, quizá porque el autor los destinaba a volúmenes que acabaron quedando inéditos. Desde mediados de la década de 1880 escribió con frecuencia en periódicos y revistas literarias como las parisinas *La Revue du Monde Latin*, *Le Monde Poétique* y *La Revue Politique et Littéraire (La Revue Bleue)* o el madrileño *L'Espagne Politique et Financière*. En este periódico, fundado a finales del verano de 1885 y desaparecido probablemente a finales del año siguiente, se encargó con regularidad de la crónica parisina y de la sección bibliográfica y literaria, donde salieron algunos de sus estudios sobre Espronceda, Campoamor y Núñez de Arce, varias semblanzas de escritores y reseñas de libros recientes y una interesante serie de *causeries littéraires* (Díaz Lage 2017a). Tres de aquellos artículos, publicados en la primavera de 1886, se refieren a Menéndez Pelayo y su obra: si no me engaño, son los primeros juicios de Tannenberg sobre el polígrafo santanderino -anteriores en más de quince años a los recogidos en *L'Espagne littéraire*- y marcan el comienzo de sus relaciones, que se prolongan, al principio sólo por escrito, luego también en persona, al menos hasta 1909. A juzgar por los datos disponibles, no demasiado abundantes, su comunicación fue frecuente en los primeros años y más irregular tras la publicación de *La poésie castillane contemporaine (Espagne et Amérique)* en 1889: en las páginas que siguen estudiaré sus relaciones en aquellos primeros tiempos, que son quizá los menos conocidos, basándome en las noticias contenidas en varios epistolarios y en los tres artículos mencionados, que se editan en apéndice para facilitar su consulta.

Tannenberg se distingue entre los *hispanisants* de su tiempo por haberse consagrado principalmente a la literatura contemporánea y por haber intentado «llegar a un público bastante más amplio que aquel apuntado por los Morel-Fatio o los Foulché-Delbosq», para «comunicar su visión de España, los españoles y su literatura a los franceses en general, más allá del sector académico» (Clarke 2015: 297). Gracias a la intercesión de varios agentes relevantes en el campo cultural, fue tejiendo una selecta red de relaciones que le permitió conocer de primera mano la literatura y las *costumbres literarias* de la España de su tiempo; de rechazo, puede que la comunicación con los autores cuyas obras estudió dificultase su labor, pues no siempre resultaría fácil conciliar el rigor crítico con el afán de agradar y con las deferencias a que quizá obligaba el trato personal. El primero en señalar este problema fue Alfred Morel-

Fatio, en la necrológica que le dedicó a Tannenberg en el *Bulletin Hispanique*:

Ce qui distingue nettement Tannenberg des autres hispanisants de notre pays, c'est la volonté qu'il a eue de s'en tenir à la littérature contemporaine; toujours il a préféré les vivants aux morts, et s'il lui est arrivé de revenir en arrière jusqu'au XVIIIe siècle (jamais au delà), il ne l'a fait que pour découvrir les sources de courants plus modernes. La plupart d'entre nous au contraire nous nous cantonnons dans le passé et nous ne prêtons d'attention qu'aux siècles défunts. Il y a à cela plusieurs raisons. D'abord, l'intérêt qu'inspire à des étrangers la littérature espagnole classique par ses mérites intrinsèques et par sa diffusion au dehors, en un mot par son caractère momentané de littérature universelle. Puis, à cette première raison s'en ajoutent d'autres, si l'on peut dire, de prudence. Les morts ont cet avantage qu'ils ne répondent pas: ni la louange ni la critique ne les émeut. Il en va d'autre sorte avec les vivants. A en juger de loin et selon les apparences, il ne semble pas que le monde littéraire espagnol jouisse d'une harmonie plus parfaite que le nôtre: à Madrid comme à Paris, chacun accuse volontiers son voisin de ne savoir ni écrire ni penser. (Morel-Fatio 1914: 400-401)

Tannenberg empezó a relacionarse con la sociedad literaria española a mediados de la década de 1880, desde París. Tenía apenas veintiún años y vivía de dar clases particulares a domicilio, pero también escribía en varias revistas y estaba preparando una tesis de doctorado sobre Tirso de Molina que esperaba presentar pronto en la Sorbona. De acuerdo con el testimonio de Leopoldo Alas (2003b: 1652), fue Emilio Castelar quien lo animó a visitar España para estudiar sobre el terreno las letras y las costumbres literarias contemporáneas, y probablemente también quien le dio sus primeras referencias. Según Mario Germán Romero (en Cuervo 1987: 195), en 1884 o 1885 entró en contacto con Rufino José Cuervo, residente en París desde unos años antes, a través del filólogo Arsène Darmester, ilustre romanista, discípulo de Gaston Paris en la École des Chartes<sup>1</sup>. Por sus cartas a Cuervo sabemos que en septiembre de 1885 ya conocía a Ramón de Campoamor y estaba en correspondencia con Alas, «le premier critique de l'Espagne», que acababa de publicar en Barcelona «un magnifique roman», y que sin duda aceptaría, según Tannenberg, escribir un artículo sobre el *Diccionario de*

---

<sup>1</sup> Aunque Cuervo y Menéndez Pelayo mantuvieron correspondencia en los años que aquí nos ocuparán, sus cartas, editadas en Cuervo (1989), no contienen referencias a Boris de Tannenberg.

*construcción y régimen de la lengua castellana* en alguna de sus tribunas habituales (Cuervo 1987: 206 y 207)<sup>2</sup>. Apenas un año después, se entrevista en París con Antonio Cánovas del Castillo, a quien también le habla de la magna empresa que Cuervo estaba llevando a cabo en solitario, para procurarle apoyos en España (Cuervo 1987: 229).

### TRES ARTÍCULOS DE 1886

Como vemos, son muchos los cauces por los que Tannenberg pudo entrar en relación con Menéndez Pelayo. En la que probablemente sea su primera carta al montañés, fechada en París el 30 de marzo de 1886, se presenta invocando a «mon excellent ami, Leopoldo Alas», y al poeta Campoamor, «qui daigne m'honorer de sa bienveillante sympathie»<sup>3</sup>. La elección de estos dos nombres no era gratuita: es probable que Menéndez Pelayo valorase más el aval de Alas que el de Campoamor, y acaso otros hubieran sido más eficaces, pero Tannenberg debe de haber querido encomendarse a la amistad del antiguo condiscípulo y al prestigio de un poeta próximo a las altas esferas de la política y la diplomacia. Para acreditar sus méritos con documentos, no sólo con nombres, adjunta a su carta «une courte étude que j'ai publiée sur vous», promete que pronto enviará «de dernier numéro de la *Revue du monde latin*, où j'ai signalé votre dernier ouvrage», y declara que está preparando «deux ouvrages importants: une thèse de doctorat pour la Sorbonne sur Tirso de Molina; une étude en deux volumes sur la littérature espagnole contemporaine»<sup>4</sup>. Las muestras de su actividad

---

<sup>2</sup> El examen de las obras completas de *Clarín* confirma que este no llegó a publicar tal artículo. La carta de Alas a Cuervo que editó Ragucci (1962: 463), única comunicación suya que se conoce, ha de ser posterior a esta de Tannenberg, del 21 de septiembre de 1885, cuya datación no deja lugar a dudas, también por la alusión a *La Regenta*: el día y el mes que lleva la carta de Alas (5 de octubre) se corresponden con la cronología del intercambio entre Tannenberg y Cuervo, y el año de 1883 que da Ragucci podría ser un error de lectura por 1885. De confirmarse esta hipótesis, habría que desplazar la carta dentro de la edición del epistolario de Alas, por la que cito (2012: 103). Escritas ya estas páginas, compruebo que Carlos Mesa, en su edición del epistolario de Cuervo con correspondientes españoles, sitúa esta carta en 1885 (Cuervo 1989: 217-218).

<sup>3</sup> Manejo la edición digital de la obra completa de Menéndez Pelayo que se publicó en 2002. Al citar el epistolario, editado por Manuel Revuelta Sañudo, indico en números romanos el volumen y en arábigos el lugar que ocupa la carta en esta edición.

<sup>4</sup> En efecto, Tannenberg había aludido a la *Historia de las ideas estéticas* en una nota publicada en la *Revue du Monde Latin* IV: 8 (janvier-mai 1886), p. 526. El texto sólo añade un detalle significativo: el autor indica que había sido «l'éminent critique

crítica -en una institución académica de alta categoría y en empresas de proyección internacional, como la *Revue du Monde Latin*- justifican la petición que Tannenberg formula hacia el final de su carta: «je vous serais bien reconnaissant [...] de vouloir bien m'inscrire dans le service de la presse que vous faites sans doute pour vos livres nouveaux». En post-scriptum anuncia la inminente publicación, en *L'Espagne Politique et Financière*, de una serie de *causeries littéraires* «sur les livres récents», y avanza una primera petición bibliográfica: «je trouve annoncé dans le catalogue de Dubrull un volume de vous intitulé *Estudios de crítica literaria*. Si vous aviez l'obligeance de me l'envoyer, je me ferais un plaisir d'y consacrer un article étendu» (*Epistolario* VII: 469).

El artículo enviado junto con aquella carta es, sin lugar a dudas, el aparecido en *L'Espagne Politique et Financière* el 28 de marzo (1886a, apéndice n° 1). Más que un estudio completo sobre la personalidad literaria de Menéndez Pelayo, ofrece una semblanza general de «la personification la plus distinguée de l'érudition espagnole», con comentarios sobre sus últimas dos obras, *Calderón y su teatro* y la *Historia de las ideas estéticas en España* (de la que se habían publicado hasta entonces cuatro volúmenes). Igual que hará en trabajos posteriores, en este primer artículo Tannenberg se esfuerza por situar la figura y la obra de Menéndez Pelayo en su contexto cultural e intelectual, para darle a los lectores, no muy versados en las cosas de España, una idea cabal de su importancia: en *Calderón y su teatro* se recopilan las conferencias que había pronunciado en la sede de la Unión católica de Madrid, con ocasión del segundo centenario de la muerte del dramaturgo, y la *Historia de las ideas estéticas en España* «n'est autre chose que le cours professé par M. Pelayo dans sa chaire de l'Université», en la que había sido sucesor, recuerda el crítico, «du savant Amador de los Ríos». La inscripción institucional de la actividad de Menéndez Pelayo, la proyección de sus estudios y el prestigio de su posición quedan claramente establecidos desde el primer momento.

El libro sobre Calderón le interesaba especialmente a Tannenberg, entre otras cosas, porque aportaba datos y observaciones «dont je compte faire mon profit dans l'ouvrage que je prépare sur Tirso de Molina». Seguramente las matizaciones de Menéndez Pelayo sobre la valía artística de Calderón, Lope de Vega, Tirso y Juan Ruiz de Alarcón, que relativizaban la preeminencia del primero y enfatizaban la dimensión

---

Leopoldo Alas, que connaissent bien les lecteurs de la Revue», quien le había aconsejado que estudiase la obra de Menéndez Pelayo.

estética de la comedia áurea, descargándola de otros imperativos morales, confirmaron al joven *hispanisant* en los planteamientos de aquella tesis que nunca llegaría a concluir<sup>5</sup>. Por más que su ocupación principal fuesen los estudios sobre la España contemporánea, sus lecturas juveniles sobre los Siglos de Oro, asociadas para siempre al nombre de Menéndez Pelayo, debieron de volver con frecuencia a su memoria; todavía en *L'Espagne littéraire* parece desarrollar algunas líneas del viejo artículo de 1886 a propósito de la edición monumental de las obras de Lope de Vega, concebida y diseñada, según Tannenberg, para «attirer sur lui l'attention de la critique» y «lui gagner des lecteurs» (1903b: 194, y cf. 191-194): no da la impresión de que sus conocimientos sobre el tema hubieran avanzado mucho en los quince años que separan ambos textos, así que quizás tuviera razón Valera cuando, comentando su libro en carta a Menéndez Pelayo, remachaba: «lo que es de los prólogos a Lope de Vega no ha leído una sola página» (2008: 396).

En la tercera sección del artículo, Tannenberg aquilata el valor de la *Historia de las ideas estéticas en España* partiendo de uno de los principios que estructuraban el relato de la *Historia crítica de la literatura española*, de José Amador de los Ríos. En la introducción a su magna obra, este sostenía que a lo largo de los siglos habían coexistido dos series literarias diferentes, la literatura erudita y la literatura popular, cuyas relaciones recíprocas, siempre tensas y dinámicas, habían determinado la evolución histórica de la literatura española (1861: IX-XV, por ejemplo); a los entrecruzamientos de las dos series se les superponían, condicionándolos, las contradicciones sucesivas de dos tendencias estéticas y críticas que Amador de los Ríos denomina toscano-latina y galo-clásica, sin duda para deslindar con precisión las distintas formas históricas del clasicismo español (1861: XIX-XXI, LVIII-LIX y sobre todo LXIX-LXXVII). Aunque tiende a presentarlos como principios evolutivos generales, basta con recorrer las páginas de su introducción para comprobar que esos dos ejes de oposición cobran especial relevancia en el estudio de la comedia del Siglo de Oro y, más en particular, en el análisis del giro que supuso la comedia nueva, también desde el punto de vista de la relación del escritor con el público y con el vulgo.

Según Tannenberg, en España triunfó la literatura popular «à cause de l'extension du public, tandis que le contraire a eu lieu en France

---

<sup>5</sup> Sobre la reevaluación del teatro clásico por Menéndez Pelayo y su reivindicación de la obra de Lope, véanse ahora los trabajos reunidos en Guillermo Serés Guillén y Germán Vega García-Luengos (dirs.) (2016) y, en especial, el que firma Joan Oleza.

à cause du public restreint et de l'influence de la cour». Es una conclusión de muy amplio alcance para unos párrafos tan breves, en los que la explicación de los principios enunciados por Amador de los Ríos se confunde con el resumen, bastante superficial, de algunos aspectos de la *Historia de las ideas estéticas en España*. Si en estas consideraciones sobre la evolución de la literatura española se impone la dicotomía de la serie popular y la serie erudita, en otros momentos parece que Tannenberg interpreta la praxis de Menéndez Pelayo partiendo de las tendencias toscano-latina y galo-clásica: tal vez reconocía en sus textos la misma reticencia hacia «un clasicismo peculiar del genio francés» que detecta Jean-François Botrel (2012: CLXXXIII) en los capítulos sobre el romanticismo francés de la *Historia de las ideas estéticas en España*, y veía en aquellas dualidades una clave para analizar la hostilidad al romanticismo de Menéndez Pelayo sin extrapolar a España las conceptualizaciones que se habían forjado en Francia durante la llamada batalla romántica. En los artículos aquí reeditados se comprueba que para nuestro crítico —quien, al decir de Valera (1889), «ha de ser más romántico que clásico»— la fortuna y la pervivencia de la estética romántica eran casi una cuestión de actualidad, lo que posiblemente explica su dedicación a la poesía y su caracterización del clasicismo de Menéndez Pelayo.

Durante la primavera de 1886 Tannenberg mantuvo una actividad incesante, tanto por el volumen de sus clases, como por la frecuencia de sus publicaciones en *L'Espagne Politique et Financière*. Por la correspondencia con Cuervo sabemos que las circunstancias no ayudaban: a un incendio en su casa, a mediados o finales de abril, le sucede una grave enfermedad de su esposa (Cuervo 1987: 216, 217). De aquellos meses, posiblemente de mediados de mayo, debe de datar una carta suya sin fecha que los editores del epistolario de Menéndez Pelayo sitúan a «finales de 1884 o comienzos de 1885», pero que por su tono y por estar escrita en castellano parece posterior; en ella Tannenberg pide confirmación de un dato bibliográfico mencionado en el tomo II de la *Historia de las ideas estéticas en España*, pero también agradece el envío de un libro y anuncia que «dentro de algunos días recibirá V. un artículo mío en prueba de mi gratitud» (*Epistolario* VII: 33). Teniendo en cuenta el post-scriptum del 30 de marzo, ya citado, parece evidente que se trata de los *Estudios de crítica literaria*; además, en esta carta sin fecha Tannenberg comenta que ha disfrutado en particular «el discurso sobre la Historia», a saber, «La historia considerada como obra artística», que había sido el discurso de ingreso de Menéndez Pelayo en la Real Academia de la Historia, reeditado en aquel volumen (Menéndez Pelayo 1884: 75-127).

Estas hipótesis se ven confirmadas en el segundo de los artículos que aquí se recuperan (1886c, apéndice nº 2), publicado en *L'Espagne Politique et Financière* el 27 de mayo de 1886<sup>6</sup>. Ya en el párrafo inicial deja caer el autor que tras la aparición de su anterior trabajo sobre Menéndez Pelayo, casi dos meses antes, este había tenido la gentileza de enviarle «un volume intitulé *Études de critique littéraire*, qui peut passer pour ce qu'il a écrit de plus parfait»: no queda claro si ese gesto dice más de la generosidad del autor, de la estima que le merece el crítico o de la fama y la circulación del periódico en que escribe. Aunque el artículo va encabezado con el rótulo genérico de la sección y el título de la obra comentada, tiene más de semblanza que de reseña y, al menos en su primera parte, deriva con frecuencia hacia la anécdota. El vívido retrato del joven Menéndez Pelayo que Tannenberg ofrece en las primeras páginas del capítulo que le dedica en *L'Espagne littéraire* se encuentra ya, y más completo, en esta *causerie* de 1886: los recuerdos de sus primeros tiempos en la Universidad central de Madrid, los detalles que lo caracterizan como maestro entre sus condiscípulos, los episodios que jalonan su camino hacia la cátedra y las academias, todo, incluso la comparación con Charles Bovary en el primer capítulo de la novela de Gustave Flaubert, le llegó al joven Tannenberg, según reconoce él mismo, por uno de los amigos de Menéndez Pelayo, persona bien informada y con buena memoria. En 1903 lo identifica explícitamente: «le regretté Leopoldo Alas» (1903b: 85)<sup>7</sup>.

Algunas de aquellas noticias podrían proceder de una de las «Cartas de un estudiante» que *Clarín* publicó en junio de 1879 en el diario *La Unión* (Alas 2003a: 148-152) y recogió dos años después, con importantes variantes, en su primer libro, que Tannenberg había leído ya en 1884, si no antes (Alas 2003b: 130-133): allí se contaba, por ejemplo, que su profesor de griego «se estremecía de indignación» al ver que aquel joven tan brillante «pronunciaba el griego *a la francesa*, porque así se lo habían enseñado» (Alas 2003b: 131)<sup>8</sup>. Pero en los textos públicos Alas

---

<sup>6</sup> Aunque no guarda relación directa con nuestro asunto, en la transcripción no se omite el *post-scriptum*, cuyas circunstancias se explican en Díaz Lage (2017<sup>a</sup>).

<sup>7</sup> El dato es tanto más interesante cuanto que *Clarín* aludió en varios textos a la escena inicial de *Madame Bovary* y la imitó en el arranque de su cuento «Zurita», primero de los supuestos plagios que le achacó Luis Bonafoux y que él hubo de desmentir en su folleto literario *Mis plagios. Un discurso de Núñez de Arce* (Alas 2003b: 1035-1105, especialmente 1046-1055).

<sup>8</sup> Lo más verosímil es que Tannenberg conociera sólo los libros de *Clarín*, y no sus colaboraciones en prensa. En un artículo en forma epistolar publicado en 1876 y nunca



omitía las notas más delicadas, como la comparación con Charles Bovary o el dato de que Menéndez Pelayo tartamudeaba un poco, que seguramente procedían de las expansiones íntimas de una o varias cartas en que aquel revivía, recordando a su ilustre condiscípulo, sus años de estudiante en Madrid: así se explicaría que Tannenberg conociera la reacción de Menéndez Pelayo a la representación de *La última noche*, drama de José de Echegaray estrenado en 1875, y que pudiera precisar el precio en que había vendido la edición de la *Historia de los heterodoxos españoles* (50000 reales) y advertir que esa suma la había gastado íntegramente en reunir los materiales necesarios para su investigación. Por desgracia, no será posible verificar estas conjeturas mientras no se puedan estudiar las cartas de *Clarín*, y seguramente también de otros escritores, que hace unos años obraban en poder de los herederos de Tannenberg (Botrel 2006).

No es exagerado decir que en estos primeros artículos la figura de Menéndez Pelayo cobra una dimensión mesiánica, a la altura de la leyenda que se había ido formando sobre él desde su juventud: «à douze ans», escribe Tannenberg, «Jésus instruisait les docteurs de son temps; à vingt ans, M. Menéndez instruisait ceux d'aujourd'hui». El anclaje de la comparación es una anécdota que seguramente procedía de alguna de las fuentes ya indicadas: el templo es la Biblioteca Nacional, y entre los sabios mencionados están Juan Valera y Juan Eugenio Hartzenbusch; el joven Menéndez Pelayo, estudiante aún, zanja con toda naturalidad un problema bibliográfico o diplomático que los académicos no lograban resolver. El episodio resulta todavía más significativo si tenemos en cuenta que pocos años después, en 1881, Menéndez Pelayo ingresó en la Real Academia Española ocupando el sillón vacante tras la muerte de Hartzenbusch, y que el académico encargado de responderle, en nombre de la corporación, fue Valera.

Al igual que Valera en aquella ocasión (1881: 78-79), Tannenberg pondera la capacidad de asimilación de Menéndez Pelayo y su prodigiosa memoria, pero se cuida mucho de no caracterizarlo como un mero

---

recogido en libro (Alas 2002: 616-619), éste evocaba otros elementos que aparecen en la semblanza de Tannenberg. Dirigiéndose a Menéndez Pelayo, escribe: «cuando cualquier condiscípulo quería recordar algún enrevesadísimo nombre de rabí, ben-fulano-de-tal, recurría a usted, que los tenía todos en la punta de la uña. Aprenderse de corrido un capítulo interminable de la *Historia crítica* de Amador, con todas sus perífrasis y amplificaciones era para usted como coser y cantar» (616-617). Este detalle no demuestra que Tannenberg hubiera leído el artículo de *Clarín*, sino que probablemente se basaba en datos que le había transmitido él.

registrador de datos: «il y a en lui du Scaliger, du Leibnitz et du Chénier, une puissance énorme de labeur continue avec un sentiment très profond de l'art, surtout de l'art antique: avec cela, une robuste sève espagnole». Además de fijar la especificidad del humanismo de Menéndez Pelayo, la dualidad señalada por Tannenberg explica la orientación general de sus investigaciones, que intentan descubrir la raigambre española del Renacimiento y reivindicar la huella que las literaturas ibéricas —no siempre sólo españolas ni castellanas— habían dejado en Europa. Al someterse a ese doble designio, su propio procedimiento crítico venía a confirmar que la construcción del dato como elemento positivo no era completamente independiente de la interpretación y la valoración: por un lado, las noticias recabadas se inscribían en la trama de una época y su disposición les confería, además de su significado individual, un significado correlativo; por otro, el crítico debía aspirar a exponer el haz de relaciones que ligan los textos y sus contextos, trazando correspondencias que explicasen el hecho a través de su fondo y viceversa. Tannenberg parece recordar en este punto un pasaje bien conocido de la «Advertencia preliminar» a la *Historia de las ideas estéticas en España*:

Detrás de cada hecho, o más bien, en el fondo del hecho mismo, hay una idea estética, y a veces una teoría o una doctrina completa de la cual el artista se da cuenta o no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo. Esta doctrina, aunque el poeta no la razone, puede y debe razonarla y justificarla el crítico, buscando su raíz y fundamento, no sólo en el arranque espontáneo y en la intuición soberana del artista, sino en el ambiente intelectual que respira, en las ideas de cuya savia vive, y en el influjo de las escuelas filosóficas de su tiempo. (Menéndez Pelayo 2012: 10)

En su *causerie littéraire* del 1 de julio de 1886, tercero de los textos que aquí se rescatan, Tannenberg sigue con su comentario crítico de las obras de Menéndez Pelayo, esta vez a propósito de *Horacio en España* (1886d, apéndice nº 3). Como los anteriores, el artículo está escrito poco tiempo después de haber leído la obra: en una carta a Cuervo fechada el 16 de junio, el crítico confiesa que los «solaces bibliográficos» le estaban inspirando cierta reticencia:

He empezado a leer *Horacio en España*, y ya he acabado el primer tomo. La obra es muy interesante, y da muchas noticias preciosas sobre la poesía americana: tengo gran deseo de conocerla y de darle a conocer a

mis lectores. Cuando nos veremos, le hablaré a Vd. más detenidamente de eso. En cuanto al libro de Menéndez Pelayo, tiene, a mi parecer, un defecto muy grave, y es de no ser bastante literario, y artístico. Creo que Menéndez escribe muy aprisa, y lo que escribe es más materia para un libro que un libro bien compuesto. En el segundo volumen, consagrado a la poesía horaciana, no hay siquiera una página para decir lo que es, aunque la cosa fuese de muy gran importancia. A ese punto de vista, pienso que hay más ideas en el trozo de crítica del Señor Caro que va a fin del 2º tomo que en los dos tomos enteros. Ya en la *Historia de las ideas estéticas* había notado en Menéndez la falta de algunas cualidades esenciales al crítico y más importantes quizás que todas las investigaciones bibliográficas. Escribiré un artículo, proponiéndole mis observaciones de la manera más amable posible. La verdad es quizás que Menéndez escribe demasiado y con peligrosa facilidad. Pienso que Vd. será conforme conmigo en eso. (Cuervo 1987: 223)

Cabe imaginar que los dos corresponsales habrían hablado de *Horacio en España* a propósito de los trabajos de Miguel Antonio Caro, amigo y colaborador de Cuervo, de cuyas traducciones virgilianas había dado noticia Tannenberg en *L'Espagne Politique et Financière* a principios del mes de marzo (1886b). Como es sabido, Caro también estaba en contacto con Menéndez Pelayo desde finales de la década de 1870: la lectura de *Horacio en España* había sido «incentivo u ocasión para un preciosísimo trabajo» suyo sobre «los traductores de Virgilio, inserto en el *Repertorio Colombiano*, excelente revista de Santa Fe de Bogotá» (Menéndez Pelayo 1885, I: XI), y ya en aquella segunda edición refundida el libro llevaba en apéndice las «Observaciones de don Miguel Antonio Caro sobre la poesía horaciana» a las que aludía Tannenberg (1885, II: 371-388), que el propio Menéndez Pelayo había recibido con docilidad y respeto<sup>9</sup>. Poco a poco, nuestro crítico va cobrando conciencia de la dimensión transatlántica de la cultura literaria que se proponía estudiar, posiblemente por influencia de Cuervo.

La afirmación privada de que lo que escribe Menéndez Pelayo «es más materia para un libro que un libro bien compuesto» augura el juicio público, mucho más ponderado, que Tannenberg emitirá en *L'Espagne Politique et Financière*. La comparación con la *Historia de las ideas estéticas en España* es elocuente: si la aridez formal de aquella obra podía achacarse a

---

<sup>9</sup> Aparte de las cartas que se intercambiaron, sobre sus relaciones puede verse el homenaje editado por el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica y el Instituto Caro y Cuervo (1957) y el estudio de Sánchez Cuervo (2011).

su carácter didáctico e instrumental y a la falta de antecedentes en la materia, siguiendo la advertencia preliminar del autor<sup>10</sup>, *Horacio en España* era ensayo de otra índole y le dejaba al crítico una impresión de «sécheresse», porque «des idées y sont indiquées», pero «de développement manque un peu d'ampleur». Aunque traían un rico caudal de información, los artículos seguían una disposición acumulativa y cronológica, sin más trabazón aparente que las conexiones sugeridas por la lectura, fundadas unas veces en la hipótesis de influencias directas y otras en afinidades que respondían a las predilecciones del autor. Basta con hojear el «Últílogo» que cierra la obra para comprobar que él mismo contaba con que alguno de los «hipercríticos germanescos, que asientan su trono en revistas y papeles periódicos», recibiera con escepticismo «esa retahíla de traductores y comentaristas, ese indigesto catálogo de odas, epístolas, sátiras y fragmentos más o menos horacianos» (1885, II: 356), compuesto sin *objetivo* ni *finalidad* aparente.

En varios puntos cruciales de la segunda edición se disculpa el autor por la expresión «harto desenfadada y agresiva» y «el tono en demasía violento» de aquellas páginas finales (1885, I: XII; II: 355-356, n.1), que Tannenberg consideraba impropias «d'un disciple d'Horace, d'un admirateur du *Ne quid nimis*». Tampoco le convencía la tesis final de que la poesía horaciana debía ser el modelo que imperase en la lírica castellana presente y futura, toda vez que, a su juicio, «la forme lyrique un peu grêle du poète de Tibur ne saurait exprimer les souffrances de l'âme moderne», y el concepto mismo de la poesía horaciana distaba de estar claramente definido: ni en Espronceda, ni en Campoamor, ni en Bécquer, ni en Núñez de Arce había encontrado Menéndez Pelayo, «qui voit Horace un peu partout», ningún rastro de horacianismo; «Valera seul paraît en avoir une teinte, mais Valera est un écrivain de la Renaissance égaré en plein dix-neuvième siècle» (cf. Menéndez Pelayo 1885, II: 220). Sin duda, el ensayo de Caro ofrecía una forma de elaboración crítica más parecida a lo que Tannenberg consideraría *literario* y *artístico*, pues perfilaba las formas del horacianismo sin sujetarlas a premisas ni preferencias, y dedicaba algo de espacio a la definición de los conceptos y las categorías que iban a guiar su análisis (por ejemplo, en sus matizaciones sobre la diferencia entre la imitación de la naturaleza y la imitación de libros). No era Caro un crítico afín a las nebulosidades

---

<sup>10</sup> «No es libro de estilo, sino de investigación; y como la materia estaba virgen, todo lo he sacrificado al empeño de dar claridad a las doctrinas que expongo» (Menéndez Pelayo 2012: 9).

alemanas y, sin embargo, sus observaciones discutían los fundamentos del método seguido por el autor de *Horacio en España*, tan apegado a la validez intrínseca de los datos recabados en la consulta directa de las fuentes como al «placer o el disgusto que la obra poética causa en un aficionado a las letras humanas» (1885, II: 359).

En suma, estos artículos de 1886 permiten reconstruir la génesis del juicio de Tannenberg sobre Menéndez Pelayo y su obra, que ya no se modificará sustancialmente desde entonces. En su opinión, el temple del polígrafo montañés no era el de un erudito «sans goût littéraire ni imagination», ya que «ce fureteur de bibliothèques a composé des vers, des tragédies; il a écrit quelques pages de pure critique littéraire (sur Núñez de Arce notamment) qui sont exquises»<sup>11</sup>. La disyuntiva entre la erudición y la crítica, tan viva en el pensamiento literario francés del momento, se dirime reconociendo las dotes artísticas de Menéndez Pelayo y su talento para la labor de actualidad; la capacidad de evaluación estética del crítico, la amplitud de miras del investigador y la acuidad y la capacidad artística del escritor lo distinguían tanto de los demás estudiosos de la literatura española como de los críticos franceses del momento. Así lo recuerda Tannenberg, años después, en *L'Espagne littéraire*:

Si la littérature espagnole n'a pas été l'objet d'une enquête aussi approfondie que les autres littératures modernes, on voit qu'elle n'en a pas moins suscité des travaux d'érudition parmi lesquels il en est de premier ordre. Ce qui lui a manqué le plus, c'est un vrai critique, joignant à un vaste savoir le goût des idées générales, le sens littéraire le plus exercé et le talent de l'exposition; elle a enfin trouvé en M. Menéndez y Pelayo ce large esprit et ce grand écrivain. (Tannenberg 1903b: 155)

Entre los precursores destaca, por distintos conceptos, a Manuel Josef Quintana, Agustín Durán, Manuel de la Revilla, Juan Valera y Manuel Milá y Fontanals, y entre los herederos, a Ramón Menéndez Pidal y a Emilio Cotarelo y Mori, que habían empezado a despuntar en el traspaso de siglos. En 1903 ya resulta evidente que Menéndez Pelayo «n'a jamais, comme nos critiques français, résolument choisi entre l'érudition et la critique», porque el estado de la ciencia española no

---

<sup>11</sup> Estas palabras resuenan casi literalmente en *La poésie castillane contemporaine*: «ses livres, déjà nombreux, font autorité aussi bien par l'étendue et la nouveauté de l'érudition que par la finesse du sens critique. Il y a en lui un fureteur de bibliothèques, doublé d'un homme de goût et d'un fin lettré» (Tannenberg 1889: 218).

permitía desgajar por completo ambas facetas: «privé dans son pays de collaborateurs qui lui eussent abrégé la tâche, il a dû entreprendre tout à la fois, préparer les matériaux et construire, faire tour à tour office de maçon et d'architecte». De ahí deriva, según la ecuaníme valoración de Tannenberg, «le caractère un peu hybride de son œuvre, qui ne contentera entièrement personne, si elle s'impose à l'admiration de tous» (1903b: 155-156).

### REACCIONES DE MENÉNDEZ PELAYO, CON VALERA AL FONDO

No resulta fácil calibrar la repercusión que tuvieron los artículos de Tannenberg en *L'Espagne Politique et Financière*, pues apenas existen datos sobre la tirada y la circulación efectiva del periódico. En sus columnas ya no apareció ningún artículo más sobre Menéndez Pelayo, y nuestro crítico tardaría en volver a escribir sobre él; pero sabemos que en 1887 se conocieron personalmente y que sus relaciones se mantuvieron, con las interrupciones esperables, durante bastante tiempo, al paso que se ampliaba la red de contactos de Tannenberg en España y se estrechaban algunas de sus amistades literarias. La figura del joven crítico ruso empieza a perfilarse entonces en los escritos de sus corresponsales y, sobre todo, en las impresiones que se van confiando los unos a los otros. Para suplir la escasez de informaciones más directas, tendremos que recurrir a los epistolarios de algunos escritores que tuvieron trato con él, entre los que sobresale, por varios conceptos, el de Valera y Menéndez Pelayo.

La comunicación con Valera debe de haberse iniciado en los últimos meses de 1886. Tannenberg había publicado en *L'Espagne Politique et Financière* del 15 de julio, el 5 de agosto y el 30 de septiembre dos artículos sobre *Pepita Jiménez* y uno sobre las poesías de Valera; conociendo su estilo, es casi seguro que los utilizó como tarjeta de visita para dirigirse a él, y por una carta a Cuervo que Romero data el 8 de octubre sabemos que había tenido respuesta pocos días antes (Cuervo 1987: 231). A principios de enero del año siguiente, Valera le pide referencias a Menéndez Pelayo, que contesta a vuelta de correo:

Ese Boris de Tannenberg de quien Vd. me habla está en relaciones conmigo, y me parece un buen sujeto, nada tonto y bastante conocedor de la lengua castellana. No es francés, sino ruso, pero ha estudiado en París [en] la Facultad de Letras. Me le recomendó *Clarín*, con quien se cartea. He visto varios artículos de él sobre poetas y prosistas españoles y

me han parecido algo superficiales, pero bien encaminados. Es joven (según creo), tiene alientos, no carece de cultura literaria general, nos quiere mucho y desea acertar. Hará Vd. muy bien, por tanto, y cumplirá una obra de misericordia dándole consejos. Yo le he escrito notándole dos o tres atrocidades en un artículo que me mandó sobre Espronceda. (*Epistolario* VIII: 208)

En un principio, a ambos les cayó en gracia aquel «mozo despejado» que no le parecía a Valera nada «fatuoso, sino discreto y dócil» (Valera 2005: 680; *Epistolario* VIII: 218), y ambos le dieron consejos para sus artículos sobre la poesía contemporánea en varias cartas de las que no tenemos mayores noticias.

A la comunicación epistolar siguió en poco tiempo el contacto personal, seguramente inducido por las invitaciones de algunos de sus corresponsales: varias fuentes coinciden en señalar que Tannenberg viajó a España en la primavera de 1887 (Díaz Lage 2017<sup>a</sup>), y de la recomendación que Alas le envía a Galdós en el mes de abril (Alas 2012: 210-211) podemos deducir que entonces visitó, además de a los citados, a Castelar y a Pereda. Una carta de Menéndez Pelayo a Valera, datada en Madrid el 22 de abril, confirma que también se entrevistó con él:

También anda por Madrid aquel muchacho ruso, llamado Boris de Tannenberg, que está en correspondencia con Vd., y que se propone escribir un libro sobre la literatura española contemporánea. Me parece que anda un poco a tientas en el asunto, y que no se ha formado hasta ahora idea muy cabal del mérito positivo de cada uno de nuestros escritores, que no suele estar en relación con la fama o notoriedad de que disfrutaban. (*Epistolario* VIII: 342)

Sus reservas no dejaron de aumentar en los meses siguientes, a medida que Tannenberg le iba haciendo llegar los trabajos sobre la poesía contemporánea que publicaba, tras el cese de *L'Espagne Politique et Financière*, en la revista parisina *Le Monde Poétique*. Aunque había dejado a un lado la prosa para centrarse en la poesía, sus estudios posiblemente no desmintieron las impresiones de Menéndez Pelayo, que a mediados de julio se acuerda de él, en carta a Valera, al hilo de algunos comentarios poco halagüeños sobre Juan Fastenrath («ha encontrado el secreto de ser un tonto políglota, un tonto de la torre de Babel»):

Tenemos desgracia los españoles con estos críticos y admiradores de nuestras cosas contemporáneas que nos salen por ahí. Dígolo porque he

leído el insulso artículo que, con la mejor voluntad del mundo, dedica a sus versos de Vd. el ruso Boris de Tannenberg. ¡Qué pobreza de ideas, de recursos y de todo! Da lástima que tan buen papel y tan buena impresión se gasten en estampar semejantes ñoñeces.

Conocí a Boris cuando estuvo en Madrid y me pareció un excelente muchacho, que hablaba el castellano con una limpieza extraordinaria, pero que tenía ideas muy confusas y superficiales de todo. Téme que si no aprende más y se deja de mirar como oráculo a la Pardo Bazán, ha de valer poco el libro que escriba sobre la *España contemporánea*. (*Epistolario* VIII: 457)

Es cierto que Valera y Menéndez Pelayo tendían a ser duros e irónicos, si no displicentes, cuando comentaban los juicios de sus críticos, y cada uno de ellos tendía a cargar las tintas al valorar las reseñas o comentarios que había merecido el otro; pero estas palabras contrastan con la actitud que ambos parecían mantener en su trato directo con el joven crítico ruso. Los contextos en que aluden a él son casi tan elocuentes como sus juicios explícitos: se hace simpático y sus esfuerzos pueden resultar útiles, pero sus trabajos, guiados por el entusiasmo más que por el estudio, no satisfacían por completo a sus rigurosos corresponsales. El nombre de Emilia Pardo Bazán ya había aparecido en el mismo párrafo de la carta del 22 de abril donde luego se trataba de Tannenberg: sin entrar en otras consideraciones ni conjeturas, acaso la tendencia a querer abarcarlo todo en panoramas amplios y exhaustivos que luego podían pecar de superficiales o de incompletos bastase a explicar aquella asociación<sup>12</sup>.

Por la carta ya citada de *Clarín* sabemos que en abril de 1887 Tannenberg estuvo en Oviedo con él y luego en Madrid y en Santander, alojándose en casa de Castelar y de Pereda (Alas 2012: 210-211)<sup>13</sup>. Pero todo indica que pronto conoció otras ciudades y se entrevistó con otros

---

<sup>12</sup> No consta que se conociesen de antes, aunque Tannenberg había dedicado una de sus *causeries littéraires* de *L'Espagne Politique et Financière* a *El Cisne de Vilamorta* (Díaz Lage 2017b: 145-146) y podría haber entablado contacto fácilmente con la escritora coruñesa.

<sup>13</sup> El encuentro en Oviedo lo cuenta Yvan Lissorgues en su biografía de *Clarín* (Lissorgues 2007: 492-493). Terminado ya este artículo, me confirma Salvador García Castañeda que en el epistolario de José María de Pereda que está editando no se encuentran cartas de Tannenberg, pero sí referencias a su paso por Cantabria: quiero agradecerle que me haya comunicado estas primicias, cuyo estudio tendrá que quedar para otra ocasión.



escritores, porque en una carta a Cuervo datada el 22 de agosto del mismo año comenta que acaba de regresar de España:

Ayer he vuelto de España donde he pasado 15 días, con Castelar en San Sebastián, con Pereda en Polanco, con Marcelino en Santander, con Zorrilla (!) en Valladolid, con Liniers en Burgos. Hermosísimo viaje! He aprendido muchísimo. Con el que más he ganado es con Pereda: es el hombre más interesante, más original, y más hablador que conozca en España. Tiene sobre Galdós esta ventaja que habla mucho más: y después, como ya es viejo, tiene muchos recuerdos. Zorrilla también me ha interesado mucho, aunque habla como un soldado. Lee los versos de una manera pasmosa. En fin tengo muchas cosas que contarle para cuando nos veamos. (Cuervo 1987: 231-232)

Las fechas son seguras, y el itinerario y la relación de sus anfitriones sugieren que no se trata del mismo viaje del mes de abril; además, la alusión a Galdós, al hilo de Pereda, da a entender que la entrevista con aquel había tenido lugar un tiempo antes; y en el capítulo correspondiente de *La poésie castillane contemporaine* Tannenberg sitúa la visita a José Zorrilla en «une matinée ensoleillée du mois d'août» (1889: 77, y cf. 77-119). Se confirma, pues, que en 1887 estuvo en España no una, sino dos veces, y que en su segundo viaje no recorrió las mismas ciudades ni visitó a las mismas personas que en el primero: si resulta evidente que el trato con *Clarín* no se había interrumpido, ahora sus puntos de referencia parecen ser más bien Castelar, Pereda y Menéndez Pelayo<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> En su reseña del primer libro de Tannenberg, *Clarín* pondera que su esfuerzo por conocer las *costumbres literarias* españolas había llegado aún más lejos: «conversó largamente con Cánovas; tuvo muchas conferencias con Galdós; recorrió un día y otro día los barrios bajos con Armando Palacio; vio dramas de Echegaray; asistió al Ateneo, a la Academia, al Congreso; lo vio, en fin, todo, lo leyó todo; consultó a todos, hasta a los más humildes; hasta en París, ya de vuelta, continuaba sus investigaciones, y era asiduo acompañante de Emilia Pardo Bazán, y almorzaba con Valera, siempre en busca de datos y noticias; por último, como su proyecto era tratar también de la literatura hispanoamericana, recurría con incansable asiduidad a las bibliotecas y archivos de los representantes diplomáticos de la América del Sur, y a todas horas y en todas partes su gran preocupación eran sus estudios acerca de España, a los cuales se preparaba con interesantes conferencias públicas, muy bien recibidas en París, y con artículos en varias revistas y periódicos, como *La Revista del Mundo Latino*, la *Revista Poética*, de varios jóvenes literatos de la nueva generación, *Le Temps*, etcétera, etcétera» (Alas 2003b: 1652-1653). Por desgracia, la enumeración no permite situar con precisión los acontecimientos referidos.

Por descontado, la visita a Menéndez Pelayo en Santander podía ser, a ojos de ambas partes, un compromiso de cortesía para el viajero que iba de paso hacia Polanco; pero es revelador que, al menos en el plano de las apariencias, la relación con este último siguiera siendo correcta, si no estrecha, tras las fluctuaciones que hemos comentado. Sin duda la posición de Tannenberg era delicada y un poco incómoda, pero no tan frágil como cabría pensar: sus corresponsales veían en él, con todos sus defectos y limitaciones, a un mediador cultural capaz de darle proyección a las letras españolas difundiendo desde la capital del siglo XIX las informaciones que ellos quisieran transmitirle —«la verdad que conviene que suene por ahí fuera», por decirlo con las palabras que *Clarín* usa ante Galdós (Alas 2012: 211). No menos claramente se lo explica Valera a Narciso Campillo en noviembre de 1887, recomendándole que le envíe sus libros al joven crítico ruso: «de conviene y conviene a las letras españolas que en tierra extraña las conozcan y sean justos con ellas» (Valera 2005: 769). Vemos que en apenas un año y medio se ha formado una cadena de influencias que, además de ayudarlo en su tarea, va condicionando y capitalizando la labor crítica de Tannenberg, tan difícil de conciliar con las deferencias a que obligaba el trato personal y con el respeto a las opiniones y las confidencias de sus interlocutores: las duplicidades que vamos reconociendo en algunos de ellos confirman la justeza de las palabras de Morel-Fatio que cité al comienzo de este trabajo.

## PROYECTOS Y ESPERANZAS

Por la correspondencia con Cuervo —que también pierde regularidad en este período— sabemos que en los últimos años de la década de 1880 dificultades de diversa índole complicaron la situación de Tannenberg, dilatando la realización de sus proyectos y espaciando, en algunos momentos, sus colaboraciones en prensa<sup>15</sup>. La redacción de *La poésie castillane contemporaine* resultó más lenta y laboriosa de lo previsto, y la edición todavía se retrasó, una vez terminado el texto, porque tanto el autor como el impresor quisieron esperar hasta el último momento por

---

<sup>15</sup> En febrero de 1889, por mediación de una amiga suya, «*Demoiselle d'honneur* de la Imperatriz de Rusia», se plantea publicar sus artículos sobre la novela española en la revista rusa *Le Messager de l'Europe*, y espera que eso le reporte «doble provecho en revista y en libro» (Cuervo 1987: 237, 238); pero no está claro si las gestiones llegaron a algo, y parece que de aquel libro proyectado no llegaron a publicarse más que algunos adelantos.

el prólogo de Castelar que hubiera debido encabezar el volumen; según le indica Tannenberg a Cuervo el 22 de agosto de 1889, Castelar había desistido del proyecto, y él contaba con empezar la impresión en aquellos días y abrir la suscripción en la semana siguiente (Cuervo 1987: 239-240). El 21 de octubre le escribe a Menéndez Pelayo por primera vez en bastante tiempo y le anuncia la publicación del libro, que «Vd. habrá ya recibido»; justifica su largo silencio confesando que «tenía vergüenza de no haber todavía publicado nada después de tantas promesas» y, quizá por tantear a su corresponsal y adelantarse a sus posibles objeciones, quizá por darle elementos para defenderlo de la crítica llegado el caso, explica los presupuestos de su trabajo:

Me he propuesto hacer un libro ameno, que se lea sin dolor. Pienso haber evitado la forma didáctica. Hay pocas teorías literarias, por no fastidiar a un público que no sabe nada de los autores que le presento, y muchas traducciones, porque estas siempre divierten. Mis traducciones están muy esmeradas, y escritas en una prosa armoniosa y rítmica, que hace de cada una como un poemita en prosa. Es la parte de mi libro de que estoy contento. Me figuro por ejemplo que mis traducciones de Campoamor y de Bello dan idea exacta del original. Por lo demás, yo veo muy bien lo que falta a mi libro. Pero más vale un libro hecho, aunque mediano, que un libro perfecto, soñado. Cuando haya publicado mi volumen sobre las novelitas y mi volumen sobre el teatro, creo que habré hecho un servicio verdadero a las letras castellanas. El segundo tomo será enviado a la impresión luego que veamos que ese algo se vende. Y como los españoles estais un poco interesados a ello, yo le ruego haga a mi obra, si juzga que lo merece, alguna propaganda oral en su país. No he perdido de vista a Tirso de Molina. Estoy estudiando ahora los contemporáneos, y me veo en la necesidad de conocer bien todo el antiguo teatro español. No sé cuándo haya terminado. Pero poco me importa, y no estoy de prisa. Quizás vaya a Madrid este año para trabajar a la biblioteca. Confío que podré verle y hablar largo y tendido con Vd. (*Epistolario* X: 200)

En general, las reacciones al libro fueron favorables y las ventas no fueron malas, pero Tannenberg se sintió dolido por los artículos que Valera le dedicó en *Los Lunes de El Imparcial* el 4 y el 18 de noviembre (Valera 1889), que tanto a él como a Castelar les parecieron «poco simpático[s]» (Cuervo 1987: 243). También le preocupaba el silencio de Menéndez Pelayo, cuyo veredicto esperaba con especial impaciencia, como cabe suponer, todavía a finales de noviembre: «he recibido cartas de los amigos de España muy lisonjeras, salvo de Menéndez Pelayo,

quien me parece acostumbrarse a no acusar recepción de los volúmenes que sus amigos le envían. No sé porqué [*sic*]» (Cuervo 1987: 241). Aunque casi siempre había sido moroso en la correspondencia, el mutismo del influyente crítico sobre aquel libro que consagraba a sus poesías algunas páginas elogiosas pero escuetas podía ser mala señal; no hay manera de saber si llegó a hacerle la «propaganda oral» que le pedía el autor, pero no escribió sobre él ni en público ni en privado<sup>16</sup>. Exasperado por los juicios del uno y el silencio del otro, Tannenberg concluyó que lo mejor sería suprimir en ediciones ulteriores la sección consagrada a los tres poetas que descollaban en «la foule des *poetae minores* qui encombrement le Parnasse espagnol contemporain»: Manuel del Palacio, Valera y Menéndez Pelayo.

Entre tanto, el libro seguía llegando a su público y a sus críticos, y el 21 de diciembre de 1889 Tannenberg ya le reconocía a Cuervo que el resultado, por demás modesto, «ha sido hasta aquí satisfactorio»:

He visto ayer a Perrin, quien me ha dicho que pensaba se habían vendido ya algunos 250 ejemplares, que nunca había esperado tal resultado, y que había logrado crear un verdadero movimiento de curiosidad hacia España. En lo que ha tenido decepción, ha sido en la venta por América. Los libreros han pedido muy pocos ejemplares. Pero creo que hasta aquí no se puede saber nada. Es necesario que el libro se conozca, que hayan leído el artículo de Valera y la noticia de la *Revista de Ambos Mundos*. En fin el éxito en Francia ha sido muy superior a lo que pensábamos; y ya eso es mucho. (Cuervo 1987: 242-243)

Se confirma así que, como aventuraba Tannenberg en el prefacio del libro, «depuis quelque temps, à Paris, la mode semble être aux choses de l'Espagne», aunque todavía no queda claro si la moda iba más allá «des courses de taureaux et de la danse des gitanes» (1889: [7]). En este momento el autor ya es consciente de que, a pesar de todo, los dos artículos de Valera en *Los Lunes de El Imparcial* brindaban un apoyo importante para el conocimiento y la difusión internacional de su libro, al igual que la noticia insertada en la prestigiosa *Revue des Deux Mondes* (que, por ahora, no he conseguido localizar). Las reseñas que iban llegando de

---

<sup>16</sup> En su epistolario sólo encontramos algunas alusiones, poco concluyentes y relativamente tardías, en cartas de otros corresponsales, que parecen suponer que la opinión de Menéndez Pelayo sobre el libro de Tannenberg no podía ser demasiado positiva: pienso, por ejemplo, en las de Antonio Gómez Restrepo, de junio de 1891 (*Epistolario* XI: 243), y Louis de Sarran d'Allard, de julio de 1894 (*Epistolario* XIII: 48).

Francia, de España y de América eran muy diversas, y a finales de enero ya confiesa que «estas divergencias de parecer entre los que juzgan mi obra empiezan a hacerme dudar de la infalibilidad de la crítica» (Cuervo 1987: 245): un artículo anónimo en la revista *Europa y América* —que le atribuye a Ángel Cuervo, hermano de Rufino José—, otro en el *Bulletin Critique*, la reseña de *Clarín* en *La España Moderna* (Alas 2003b: 1645-1658) y los dos artículos de Luis Alfonso en *La Época* (Alfonso 1890), junto con varias cartas de eruditos y académicos americanos, habían ido tranquilizando al joven autor.

En los últimos días de enero las ventas seguían estancadas entre los 250 y los 300 ejemplares, y todavía no se había confirmado la suscripción que el editor estaba negociando con el Ministerio de Instrucción Pública; a diferencia de Francia y quizá de España, el mercado americano se seguía resistiendo: «el extranjero no había tomado casi nada, y especialmente América poquísimo. En Nueva York no se ha vendido todavía ningún ejemplar» (Cuervo 1987: 246). En la medida en que la publicación de los otros dos tomos previstos dependía de la fortuna editorial de *La poésie castillane contemporaine*, las ventas eran un asunto importante, y convenía que el libro circulase fuera de Francia; Tannenberg intentaba resignarse a la lentitud del comercio, pero pronto empezó a pensar en escribirle una carta a la reina de España, «por conducto del embajador, hablándole de mi empresa que no es ningún negocio y que debe halagar el patriotismo español, pidiéndole que asegure mi publicación por medio de una corta subvención» (Cuervo 1987: 248). Añade entonces:

Yo creo que eso podría hacerse, y ahora que la crítica española ha reconocido la importancia de mi trabajo, no veo por qué no se me concedería una suscripción de 300 o 500 francos por volumen. Vd. debe comprender que esta mi obra no puede ocuparme todavía 2 años; es necesario acabarla de prisa, o dejarla. Ya he escrito bastante del 2º tomo, que será el teatro, y podría publicarlo este verano. (Cuervo 1987: 248)

Pero la preocupación de Tannenberg por la proyección internacional de su libro también estaba relacionada, en el fondo, con su impaciencia por conocer el juicio que éste le merecía a Menéndez Pelayo. Por lo que dice en su carta del 14 de febrero de 1890, parece que ya dos años antes albergaba el proyecto de dejar Francia e «ir a buscar alguna situación en América»; Cuervo le había aconsejado que intentase primero darse a conocer en el mundo literario y, una vez publicado su libro,

Tannenberg creía llegado el momento de emigrar: tenía 27 años, su familia estaba creciendo y en París, asendereado por sus estudios y sus clases, fastidiado por la disparidad de sus ocupaciones, no encontraba manera de «aprovechar todas mis aptitudes» ni como profesor ni como literato. Su esperanza era «obtener, desde aquí, una cátedra en la Universidad o en un colegio» y poder pasar a Buenos Aires o, mejor aún, a México, donde contaba con encontrar «un verdadero círculo literario y además muchos asuntos de trabajo»: «esto me gustaría muchísimo porque entonces habría unidad entre mi vida de profesor y mi vida de literato, mientras que ahora voy a enseñar la historia natural o la física después de haber leído a Calderón» (Cuervo 1987: 249). Para lograr sus deseos, se le ofrecían tres vías: «1º recomendaciones a literatos, 2º recomendaciones oficiales por españoles al ministro de Méjico en Madrid, 3º recomendaciones oficiales por franceses al ministro de Méjico en París» (Cuervo 1987: 249). Estaba seguro de que en París no le faltaría el apoyo «de senadores, diputados o ministros»; pero, para que el éxito fuese seguro, los vínculos con el campo político y diplomático que ya se intuían en sus colaboraciones en *L'Espagne Politique et Financière* debían verse reforzados por la influencia de varios agentes legítimos en el campo cultural español e hispanoamericano:

Menéndez Pelayo (de quien he recibido hace poco una cariñosa carta) me recomendaría a sus amigos de allá, y yo sé también que puedo contar con su apoyo de Vd. Eso será necesario para que sepan los literatos de allá que no soy un farsante y estoy estimado de literatos como Vd. y Menéndez. Después de eso, suplicaré a Castelar, a Cánovas, a Núñez de Arce etc. de encomendarme al ministro de Méjico en Madrid. (Cuervo 1987: 249-250)

Por desgracia, no conocemos la respuesta de Cuervo ni la carta de Menéndez Pelayo a la que aquí se alude, y los epistolarios conocidos no nos dan, en esta ocasión, ninguna clave indirecta. En cualquier caso, Tannenberg no llegó a emigrar, y sus relaciones con el polígrafo santanderino y con el mundo literario español quedaron en suspenso durante los años de 1890, en los que fundó una escuela propia en París y consiguió una cierta estabilidad económica; sus publicaciones en prensa volvieron a espaciarse, sin interrumpirse nunca del todo, y no repuntaron hasta el fin de siglo: entre 1898 y 1903 da a la imprenta tres libros de cierta entidad, señal de que —como le escribe a Menéndez Pelayo «en estos tristes tiempos» de 1898— nunca había abandonado por completo

la empresa, «a pesar mío, interrumpida, de dar a conocer a Francia la literatura moderna de España» (*Epistolario* XV: 72). Pero aquella nueva campaña sobrepasa ya los límites de este artículo.

### POR VÍA DE CONCLUSIÓN

En el período que aquí hemos recorrido, 1886 a 1890, Tannenberg entabla relaciones que se probarán duraderas con varios agentes importantes del campo cultural español. Los vínculos ya establecidos con elementos de la prensa, la política y la diplomacia francesas lo mueven a buscar interlocutores en las esferas equivalentes en España, y posiblemente los nombres que menciona en el último pasaje citado formaban, a sus ojos, una suerte de panteón, si no un Olimpo, de hombres ilustres e influyentes en la cultura y la política de su tiempo. Hemos visto que los contactos que establece desde París para ir accediendo a la sociedad literaria española tienen ya en sus orígenes, gracias a la amistosa tutela de Rufino José Cuervo, una clave americana que acendrará el cosmopolitismo de algunos de sus trabajos, llevándolos más allá de sus intenciones iniciales. Conviene recordar que en el año en que se publica su primer libro se celebra en París la gran Exposición Universal donde admiraba el público «des produits matériels des républiques hispano-américaines» (Tannenberg 1889: [8]), y se recopilan en libro las *Cartas americanas* de Valera: la apertura de nuestro crítico hacia los países de América y su «culture intellectuelle» (*ibid.*), indicio de un cosmopolitismo que no todos sus lectores peninsulares entendieron ni apreciaron (Cabo Aseguinolaza 2012: 197-201, 399-401), podría haber marcado un giro en su trayectoria que, sin embargo, nunca llegó a completarse. No hubiera sido un rasgo de oportunismo, pues sus proyectos de emigrar a América son posteriores en varios años a sus primeras publicaciones, cuyo valor resulta aún más evidente si tenemos en cuenta la falta de antecedentes en la materia y la precariedad de medios en que casi siempre trabajó su autor. Pero las influencias que cree necesario poner en juego para buscar una situación en América indican que veía claramente las inercias y las hechuras políticas de las costumbres literarias.

Los tres artículos de *L'Espagne Politique et Financière* nos permiten asistir a la formación de los juicios de Tannenberg sobre la obra y la persona de Menéndez Pelayo. La visión amplia que tenía de la literatura española contemporánea lo movió a incluir en el diseño de sus galerías y panoramas, junto a poetas, novelistas y dramaturgos, a un filólogo y

crítico literario que a lo largo de la década de 1880 se convirtió en centro de la institución literaria de la España católica y monárquica, y que desde esa posición contribuyó a construir un proyecto conservador de nación literaria hispana que comunicara la Península con América Latina (cf. Colom 2006 y Sánchez Cuervo 2011). La conciencia del prestigio que iba consiguiendo no le impidió a Tannenberg hacer una valoración ecuánime, o al menos independiente, de sus obras, que sigue contando como uno de los primeros ecos de su recepción en el mundo francófono.

SANTIAGO DÍAZ LAGE  
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA



## Apéndice n° 1

### Don Marcelino Menéndez Pelayo

#### I

M. Menéndez Pelayo est, à l'heure actuelle, la personnification la plus distinguée de l'érudition espagnole. Successeur du savant Amador de los Ríos dans la chaire d'*Histoire critique de la littérature espagnole* à l'Université de Madrid, il a su acquérir, très jeune encore, une autorité critique, que personne ne s'avise de contester. Admis avant l'âge à l'Académie espagnole, il s'était imposé aux suffrages de ce corps illustre par des travaux déjà nombreux, où se révélait un rare talent d'écrivain. Je ne prétends pas faire ici une étude complète sur M. Pelayo ; on me dispensera donc de parler de ses poésies, de ses traductions, de son *Histoire des hétérodoxes espagnols*, pour arriver immédiatement à ses deux derniers ouvrages, qui se recommandent à notre attention autant par l'intérêt du sujet que par le mérite de l'exécution.

#### II

A l'occasion du centenaire de Calderon, M. Menéndez Pelayo avait fait au cercle de l'Union catholique de Madrid une série de conférences, qu'il a réunies depuis en un volume sous ce titre : *Calderon et son théâtre*. Je ne connais pas de livre plus *suggestif* sur un point de l'histoire du théâtre espagnol : ce sont à chaque page des aperçus nouveaux, des interprétations ingénieuses, des jugements profonds ; tout cela est indiqué à peine, en passant, mais n'est pas perdu pour le lecteur sérieux et attentif qui cherche dans un livre de ce genre autant ce qui y est sous-entendu que ce qui y est exprimé. Un examen minutieux de l'ouvrage m'a fait constater que l'auteur a trouvé moyen d'y donner son avis sur les questions les plus intéressantes qui se posent au sujet de l'ancien théâtre espagnol, et je ne crois pas qu'il y ait de meilleure lecture pour quiconque désire se mettre au courant des derniers progrès de la critique. Je ne fais ici que m'acquitter moi-même d'une dette de reconnaissance, car j'ai trouvé chez M. Pelayo un bon nombre d'observations dont je compte faire mon profit dans l'ouvrage que je prépare sur Tirso de Molina.

On est trop habitué à l'étranger à croire que le théâtre espagnol se résume dans la personnalité bruyante de Calderon, comme le théâtre anglais dans celle de Shakespeare ; M. Menendez Pelayo fait justice de cette opinion erronée, en ramenant à ses proportions exactes l'admiration due à l'auteur de la *Vie est un songe*. Il veut bien le considérer comme le représentant le plus caractéristique du génie espagnol à un moment donné de son histoire, il se refuse à le proclamer le premier poète dramatique de l'Espagne. Lope de Vega l'emporte sur lui par la variété de l'exécution, la simplicité du style, la connaissance du cœur humain ; Tirso, le plus artiste de tous, par la *vis comica*, la grâce, la grandeur des conceptions ; Alarcon, par la peinture des mœurs et des

caractères. Calderon n'a qu'une supériorité véritable, c'est dans le drame religieux : il est le poète catholique par excellence, mais cette constatation même suffit à prouver que ses ouvrages ont aujourd'hui moins d'intérêt que ceux de plusieurs de ses contemporains.

### III

*L'Histoire des idées esthétiques en Espagne*, dont il a déjà paru quatre volumes, est une des entreprises les plus longues et les plus difficiles qu'aura tentées la critique espagnole contemporaine, et nous espérons qu'elle sera bientôt menée à bonne fin. Cette publication n'est autre chose que le cours professé par M. Pelayo dans sa chaire de l'Université : elle se recommande moins au grand public qu'aux vrais étudiants, auxquels ne saurait déplaire l'austérité de la forme jointe à une richesse d'information inépuisable. A ce point de vue, on peut lui assurer un succès durable et légitime.

Amador de los Ríos a fait observer que le développement de la littérature espagnole s'est fait selon deux séries, littérature érudite, littérature populaire ; dès le siècle de Pero Lopez de Ayala, ce dualisme se fait sentir. La littérature populaire a triomphé à cause de l'extension du public, tandis que le contraire a eu lieu en France à cause du public restreint et de l'influence de la cour. Mais le triomphe du génie populaire, c'est-à-dire du génie sans règles, sans goût souvent, et sans autre but que de divertir, ce triomphe-là a suscité en Espagne bien de colères, trouvé bien des oppositions. Le goût classique a produit toute une catégorie d'ouvrages critiques intéressants. Les adversaires de l'école érudite ont pris la plume à leur tour se défendre, et nous leur devons un certain nombre d'apologies personnelles qui éclairent leurs ouvrages d'un jour nouveau. Tout cela se trouve enregistré dans le livre de M. Pelayo avec une sûreté de savoir et une exactitude d'analyses qu'on ne saurait trop apprécier : toutes les variations du goût espagnol y sont étudiées de main de maître. Le chapitre consacré aux théoriciens du théâtre espagnol est ce qu'on a écrit de plus complet sur la matière : j'y goûte tout particulièrement l'appréciation donnée sur *El arte nuevo de hacer comedias* de Lope ; c'est très finement dit et pensé. Les quelques pages consacrées à Balthasar Gracian, l'auteur du *Criticón*, m'ont paru très neuves et donnent beaucoup à réfléchir ; cet écrivain, que l'on néglige trop, mérite autant pour la richesse de la langue que pour le charme de son esprit les bonheurs d'une réhabilitation.

Boris de Tannenbergh

*L'Espagne Politique et Financière* II : 62 (28-III-1886)

## Apéndice nº 2

### Causerie littéraire. Études de critique littéraire, par D. Marcelino Menéndez y Pelayo

#### I

J'ai déjà eu l'occasion de parler ici de monsieur Menéndez y Pelayo, et peut-être se rappelle-t-on le compte rendu que j'ai donné de ses deux derniers ouvrages *Calderon et son temps* et *l'Histoire des Idées esthétiques en Espagne*. Depuis lors, M. Menéndez m'a fait l'honneur de m'envoyer un volume intitulé *Études de critique littéraire*, qui peut passer pour ce qu'il a écrit de plus parfait. Les deux discours en particulier, que l'auteur a prononcé pour sa réception à l'Académie Espagnole et à l'Académie d'Histoire, sont de vrais modèles d'éloquence académique ; ils ont de plus le mérite, assez rare en des discours de ce genre, d'être profondément pensés et de valoir autant par le fond que par l'harmonie des périodes. Je suis heureux de trouver cette occasion de revenir sur un écrivain, qu'on ne saurait pas trop étudier, et je veux en profiter pour esquisser, mieux que je n'ai encore eu le loisir de le faire, les principaux traits de sa physionomie littéraire.

#### II

M. Menéndez Pelayo touche à peine à la trentaine ; c'est un jeune et certainement la plus forte tête de la jeunesse espagnole contemporaine. Quand on songe à ce qu'il a déjà écrit, à l'immense érudition qu'il a acquise et qui suppose une activité d'esprit incroyable jointe à une merveilleuse facilité, on est tenté de s'écrier au prodige. Il y a là un des plus rares exemples de précocité qu'on puisse voir, avec cela de remarquable que cette précocité n'a entravé nullement le libre développement des facultés et que cette éclosion prématurée n'a donné naissance qu'à de plus beaux fruits. Lorsqu'il arriva tout jeune encore à l'Université de Madrid suivre les cours de seconde année (il avait fait la première à Barcelone), quelqu'un qui l'aurait vu, petit, chétif, imberbe encore, au milieu des jeunes gens tous plus grands et plus âgés que lui, l'aurait pris pour le dernier, le plus faible des étudiants. Il était gauche et timide, bégayait un peu, et rappelait assez, me raconte un de ses amis, Charles Bovary, avec sa casquette, au premier chapitre. Le professeur de grec le rudoyait sévèrement parce qu'il prononçait le grec à la française, comme on le lui avait enseigné ; mais en réalité, il était le seul à connaître vraiment la langue, et sa supériorité fut bien vite généralement reconnue en grec comme en toute autre matière.

Le travail de l'étudiant est surtout un travail d'assimilation. À un âge où on apprend aisément, il est précieux de savoir acquérir le fond solide de connaissances générales, qui deviendra si nécessaire plus tard. Heureux ceux à qui une mémoire privilégiée permet d'augmenter le plus possible cette réserve

précieuse ! M. Menéndez Pelayo a été un de ces favorisés. Sa mémoire était extraordinaire : langues, histoire, bibliographie, tout y entraît pour n'en plus sortir. On me cite à ce sujet plusieurs anecdotes curieuses ; en voici une au hasard. Amador de los Ríos lui dit un jour : « Vous ne pouvez pas savoir la leçon aujourd'hui. — Pourquoi ? — Vous n'étiez pas là hier et vous n'avez pas entendu l'explication. — Je crois pourtant la savoir. — Voyons donc. » Et l'étudiant récita d'un bout à l'autre à l'illustre maître le chapitre correspondant de son *Histoire critique...* Dans les cours étroites de l'Université il faisait, de mémoire, repasser aux autres la leçon, bien qu'elle fut souvent hérissée de noms hébreux et arabes. D'autres fois, il récitait des vers latins, catalans, italiens, avec un enthousiasme communicatif. Il semble avoir eu sur sa génération un ascendant véritable...

Sur ses débuts, sur les premiers tours de force de cette vigoureuse intelligence il s'est formé une espèce de légende. A douze ans, Jésus instruisait les docteurs de son temps ; à vingt ans, M. Menéndez instruisait ceux d'aujourd'hui. Il arriva qu'une fois, à la Bibliothèque nationale de Madrid, Valera, Hartzzenbusch et quelques autres discutaient sur un manuscrit, embarrassés par quelque difficulté de diplomatique. Un jeune homme, inconnu jusqu'alors, s'approche, demande la permission d'émettre son avis, et, à l'admiration de ceux qui étaient présents, résout la difficulté : quelques années plus tard, l'érudite précoce succédait à Amador de los Ríos dans l'unique chaire d'Histoire critique de la littérature espagnole qu'il y ait dans toute l'Espagne.

Son premier grand travail a été l'*Histoire des Hétérodoxes espagnols*, qui ne comprend pas moins de trois gros volumes, très nourris, remplis de faits nouveaux, et pour lequel M. Pelayo a consulté les plus grandes bibliothèques de l'Europe. Il a en effet voyagé, a été en France, en Italie, je crois même en Allemagne. L'ouvrage lui valut 50000 réaux, mais ce fut ce qu'il eut à dépenser pour rassembler des documents et des livres.

On se tromperait, malgré cela, si on se le représentait comme un pur érudit, sans goût littéraire ni imagination. Il y a en lui du Scaliger, du Leibnitz et du Chénier, une puissance énorme de labeur continue avec un sentiment très profond de l'art, surtout de l'art antique : avec cela, une robuste *sève* espagnole. Je ne puis mieux dire que de le nommer un *humaniste* accompli. Ce fureteur de bibliothèques a composé des vers, des tragédies ; il a écrit quelques pages de pure critique littéraire (sur Núñez de Arce notamment), qui sont exquises. Classique de tempérament, il l'est dans le bon sens du mot, comme ses maîtres les anciens, et si l'on songe que le naturalisme actuel n'est autre chose qu'un retour plus ou moins déguisé à la tradition classique, l'imitation de la nature, on en arrivera à ne pas le considérer comme en opposition avec les tendances de la littérature contemporaine. Il serait plutôt ennemi irréconciliable du romantisme, et il maltraite fort Echegaray : cependant des gens qui ont bonne mémoire racontent qu'il fut enthousiasmé à la représentation du drame *La última noche* (La dernière nuit).

On sait l'influence qu'a exercée sur les progrès de l'érudition espagnole l'enseignement d'Amador de los Ríos : je crois pouvoir affirmer sans me tromper que l'enseignement de son élève n'aura une influence ni moins durable ni moins féconde. Deux idées fort originales le dominent. La première est que la Renaissance du seizième siècle doit beaucoup plus à l'Espagne qu'on n'est disposé à l'admettre d'ordinaire, en particulier en philosophie ; et à l'aide d'un nombre infini de recherches, où il se révèle comme latiniste et helléniste de premier ordre, il a pris à tâche de le démontrer (peut-être avec quelque exagération, mais je ne veux pas soulever ici une question que je n'ai ni le loisir ni les moyens immédiats de résoudre)<sup>17</sup>. La seconde idée est que la littérature de chaque époque suppose une théorie esthétique, formulée ou non, qui seule l'explique, l'éclaire d'un plein jour, et peut fournir un critérium irrécusable pour la juger. De là est née cette *Histoire des idées esthétiques en Espagne* qui n'est que l'introduction et comme la clef de l'*Histoire de la littérature*, que M. Menéndez y Pelayo nous promet et que nous attendons.

Cet article, déjà long, serait incomplet si je n'ajoutais que M. Pelayo est, en politique, du parti Pidal, c'est-à-dire catholique intransigeant, et si je ne formulais le souhait que les luttes parlementaires n'absorbent jamais son activité. M. Pelayo est fait pour habiter les *templa serena* de la science et de la philosophie : puisse-t-il n'en pas descendre pour se mêler à la bagarre !

Boris de Tannenberg

P.-S. M. Núñez de Arce me fait l'honneur de m'écrire au sujet de ma première causerie sur les *Gritos del Combate*. Il me fait observer que ses poésies politiques ont été des poésies de combat, que, passionnées et violentes comme elles sont, elles eurent alors un retentissement dans toute l'Espagne ; il a voulu faire l'œuvre d'homme de parti, et non de philosophe, comme je parais le regretter en disant : « J'aurais voulu moins de colère contre les hommes, contre le peuple aveugle et irresponsable, mais une protestation indignée contre cette loi inexorable du progrès qui ne marche que sur des cadavres... etc. »

Je ne répondrai que peu de mots.

1° Je ne songe pas à reprocher à M. Núñez de Arce d'être un poète de combat, de s'être montré violent et passionné, puisque j'estime particulièrement la pièce intitulée *Pauvre Folle*, qui est la plus violente du recueil. Ce qui fait pour moi la beauté durable des vers de M. Núñez de Arce, c'est justement, outre la perfection de la forme, l'accent de sincérité qu'on ne peut y méconnaître.

2° Il me semble cependant que cette sincérité n'a pas trouvé une expression très neuve ; je crois que la poésie politique, pas plus que toute autre,

---

<sup>17</sup> Je ne puis parler de la Renaissance espagnole sans rappeler le souvenir de mon regretté ami Charles Graux, auteur d'une thèse de doctorat sur le *Fonds grec de l'Escorial*, ouvrage plein de talent et de saine érudition.

ne doit vivre sur des lieux communs. J'aurais voulu dans les vers de M. de Arce quelque note moderne, qui distinguât son aspiration de telle ou telle autre et la dotât, pour ainsi dire, davantage. De là je me suis laissé entraîner par jeu d'imagination à quelques réflexions morales que je donne pour ce qu'elles peuvent valoir ; n'auraient-elles pour moi que le mérite de m'avoir valu la réponse du grand poète que je ne les regretterais pas.

B. de T.

*L'Espagne Politique et Financière* II : 76 (27-V-1886)

### Apéndice n° 3

#### Causerie Littéraire. Horace en Espagne<sup>18</sup>

Aimer Horace, c'est faire preuve d'un goût classique et délicat, c'est avoir horreur de tout ce qui sent l'exagération et l'emphase, c'est aimer le tact, la simplicité et la mesure ; aimer Horace ! cela seul constitue un fin lettré.

Mais aimer Horace, et l'aimer d'un amour exclusif, et surtout à notre époque, n'est-ce pas aussi, fatalement, devenir injuste pour le reste, être fermé à certaines beautés d'un autre ordre, sacrifier trop à l'exquis ce qui vaut autant peut-être, le fort et le passionné ? Et serait-ce tout à fait un paradoxe que de dire : Aimer Horace et n'aimer que lui, c'est courir grand risque d'être un esprit étroit et un cœur sec, un raffiné et un dégoûté ? — Les jeunes gens d'aujourd'hui, qui lisent Horace et Virgile et Lucrèce, se passionnent pour Lucrèce ; on ne se passionne guère pour Virgile, on le respecte, on l'aime ; les notaires de province et les vieux magistrats se passionnent pour Horace, et le traduisent en vers.

M. Menéndez Pelayo a consacré une étude en deux volumes aux traducteurs et aux imitateurs espagnols d'Horace. Dans un *Utilogue* écrit avec une violence qu'on ne devrait pas attendre d'un disciple d'Horace, d'un admirateur du *Ne quid nimis*, il essaye de démontrer que les odes d'Horace doivent être considérées comme l'idéal de la poésie lyrique et que c'est à elles qu'il faut en revenir. Cette thèse est soutenue avec une grande verve et quelques bons coups de patte aux nébulosités allemandes, à l'humorisme, au pessimisme et autres modernités du même genre. M. Menéndez regrette aujourd'hui, semble-t-il, le ton un peu vif de sa conclusion : il était presque encore un étudiant lorsqu'il écrivit, et l'extrême jeunesse est volontiers intolérante.

L'imitation d'Horace a été possible et féconde au seizième siècle, à l'époque de la Renaissance : la forme antique était la seule alors qui s'offrit à la pensée moderne, on n'en connaissait point d'autre, et ainsi a pu naître cet art

---

<sup>18</sup> *Horacio en España*, por Menéndez y Pelayo. —Madrid, Pérez Dubrull. 2 vol. 1885. Segunda edición refundida.

exquis de Fr. Luis de León, dont le secret est perdu ; l'imitation d'Horace convenait encore au siècle dernier, au siècle de la philosophie légère, de l'épicurisme mondain, et c'est à elle que nous devons les incomparables poésies de Voltaire. Elle n'est plus à l'heure actuelle que le passe-temps des érudits. La forme lyrique un peu grêle du poète de Tibur ne saurait exprimer les souffrances de l'âme moderne. M. Menéndez, qui voit Horace un peu partout, n'a trouvé trace d'*horacianisme* ni chez Espronceda, ni chez Campoamor, ni chez Becquer, ni chez Núñez de Arce ; Valera seul paraît en avoir une teinte, mais Valera est un écrivain de la Renaissance égaré en plein dix-neuvième siècle.

Je ne crois donc pas que l'ouvrage de M. Menéndez ait une influence considérable sur les destinées de la poésie contemporaine ; il n'en est pas moins précieux en ce qu'il nous fournit des matériaux complets sur un chapitre de l'*humanisme* en Espagne et des aperçus très intéressants sur l'histoire de la poésie lyrique espagnole. Le second volume est à ce point de vue plus intéressant que le premier ; il est plus littéraire et d'une lecture plus courante.

Et ceci me conduit à une critique, que je présente avec toute réserve. L'impression dernière que laisse le livre est une impression de sécheresse ; les idées y sont indiquées, le développement manque un peu d'ampleur. Pourquoi cela ? Je soupçonne M. Menéndez d'écrire un peu vite, et avec ce parti pris qu'un livre d'érudition doit être de forme absolument austère. Horace aurait dû lui inspirer quelques pages exquises comme il sait en écrire, et le lecteur regrette qu'il ne les lui ait pas données. Au commencement du second volume consacré à l'*horacianisme* dans la poésie espagnole, l'auteur ne définit pas ce terme : c'est là, à mon sens, une véritable erreur de composition.

Une observation à l'éditeur. L'ouvrage est imprimé avec luxe, sur beau papier, en un petit format élégant, quoique assez incommode. Comment se fait-il qu'on trouve encore des fautes d'impression<sup>19</sup> dans des volumes qui coûtent cinq francs ? Il faut surveiller cela.

B. de T.

*L'Espagne Politique et Financière* II: 81 (1-VII-1886)

---

<sup>19</sup> En voici 2 entre autres: Tome II, p. 36, l. 15, *quales* pour *qualem* ; p. 42, en note, *lavare* pour *lavere*, à moins qu'il n'y ait un solécisme. Ce ne sont pas là d'ailleurs les seules que j'ai relevées.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALAS *Clarín*, Leopoldo. (2002). *Obras completas, V: artículos (1875-1878)*. Ed. Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues. Oviedo. Ediciones Nobel.
- . (2003a). *Obras completas, VI: artículos (1879-1882)*. Ed. Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues. Oviedo. Ediciones Nobel.
- . (2003b). *Obras completas, IV: Crítica*. Ed. Laureano Bonet con la colaboración de Joan Estruch y Francisco Navarro. Oviedo. Ediciones Nobel.
- . (2012). *Obras completas, XII: Epistolario e índices*. Ed. Jean-François Botrel. Oviedo. Ediciones Nobel.
- ALFONSO, Luis. (1890). «Literatura franco-española. *La poésie castillane contemporaine*, par Boris de Tannenberg. Paris, Librairie Academique Didier, 1889». *La Época*. XLII. 13433 (15-I). 2. *La Época*. XLII. 13435 (17-I). 2.
- ÁLVAREZ RUBIO, María del Rosario. (2007). *Las historias de la literatura española en la Francia del siglo XIX*. Zaragoza. Pressas Universitarias de Zaragoza.
- AMADOR DE LOS RÍOS, José. (1861). *Historia crítica de la literatura española, por don —, individuo de número de las Reales Academias de la Historia y Nobles Artes de San Fernando, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad central, etc.* Vol. I/ 7. Madrid. S. n. [Imprenta de José Rodríguez].
- BOTREL, Jean-François. (2006). «El archivo personal de Sinesio Delgado». *Seminario de archivos personales (Madrid, 26 a 28 de mayo de 2004)*. Madrid. Biblioteca Nacional. 227-234.
- . (2012). «El romanticismo francés en la *Historia de las ideas estéticas en España*». En Menéndez Pelayo (2012). CLXXVII-CXCV.
- CABO ASEGUINOLAZA, Fernando. (2012). *Historia de la literatura española, 9: el lugar de la literatura española*. Barcelona. Crítica.
- CLARKE, Anthony H. (2015). «Menéndez Pelayo desde una perspectiva europea». *Menéndez Pelayo. Cien años después: actas del congreso internacional*. Santander. Universidad Internacional Menéndez Pelayo. 293-302.
- COLOM, Francisco. (2006). «El hispanismo reaccionario. Catolicismo y nacionalismo en la tradición antiliberal española». *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político iberoamericano*. Francisco Colom y Ángel Rivero (eds.). Barcelona. Anthropos. 43-82.



- CUERVO, Rufino José. (1987). *Epistolario de — con Alfred Morel-Fatio, Gaston Paris y otros hispanistas de lengua francesa*. Ed. Mario Germán Romero. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo.
- . (1989). *Epistolario de — con corresponsales españoles*. Ed. Carlos Mesa. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo.
- DÍAZ LAGE, Santiago. (2017a). «Boris de Tannenberg y la literatura española hacia 1885-1886». *La literatura española en Europa, 1850-1914*. Ana María Freire López y Ana Isabel Ballesteros Dorado (eds.). Madrid. Editorial Uned. 133-154
- DÍAZ LAGE, Santiago. (2017b). «Tres críticos franceses de Emilia Pardo Bazán». *La tribuna: Cuadernos de Estudios da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*. 12. 131-166
- INSTITUTO Colombiano de Cultura Hispánica-Instituto Caro y Cuervo. (1957). *Menéndez Pelayo en Colombia. Homenaje del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica al eminente polígrafo de la hispanidad con motivo del centenario de su nacimiento*. Bogotá. Kelly.
- LISSORGUES, Yvan. (2007). *Leopoldo Alas, Clarín, en sus palabras (1852-1901): biografía*, Oviedo. Ediciones Nobel.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1884). *Estudios de crítica literaria por el doctor D. —, Catedrático de literatura en la Universidad de Madrid, individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia, y Correspondiente de las de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla*. Madrid. S. n. [Imprenta de A. Pérez Dubrull].
- . (1885). *Horacio en España: solaces bibliográficos de D. —, Doctor en Filosofía y Letras, catedrático de Literatura en la Universidad de Madrid, individuo de las Reales Academias Española y de la Historia. Segunda edición, refundida*. 2 vols. Madrid. Imprenta de A. Pérez Dubrull.
- . (1982-1991). *Epistolario*. 23 vols. Ed. al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo. Madrid. Fundación Universitaria Española.
- . (2002). *Edición digital de su obra completa*. Santander. Biblioteca de Menéndez Pelayo-Caja de Ahorros de Cantabria.
- . (2012). *Obras completas, tomo I. Historia de las ideas estéticas en España*. Santander. Ediciones Universidad Cantabria- Real Sociedad Menéndez Pelayo.
- MOREL-FATIO, Alfred. (1914). «Boris de Tannenberg». *Bulletin Hispanique*. XVI. 3. 398-401.

- OLEZA, Joan. (2016). «Menéndez Pelayo y Lope de Vega: la lucha por el canon». *Menéndez Pelayo y Lope de Vega*. Guillermo SERÉS GUILLÉN y Germán VEGA GARCÍA-LUENGOS (dirs.). 13-42.
- RAGUCCI, Rodolfo M. (1962). *Literatura española de los últimos cien años*. Buenos Aires. Don Bosco.
- SÁNCHEZ CUERVO, Antolín. (2011). «La correspondencia entre Miguel A. Caro y Marcelino Menéndez Pelayo. En torno a la invención conservadora de una nación literaria». *Estudios de Literatura Colombiana*. 29. 81-98.
- SERÉS GUILLÉN, Guillermo y Germán VEGA GARCÍA-LUENGOS (dirs.). (2016). *Menéndez Pelayo y Lope de Vega*. Santander. Editorial de la Universidad de Cantabria- Real Sociedad Menéndez Pelayo.
- TANNENBERG, Boris de. (1886a). «Don Marcelino Menéndez Pelayo». *L'Espagne Politique et financière*. II. 62 (28-III). 1.
- . (1886b). «La littérature hispano-américaine. Un traducteur de Virgile: M. Antonio Caro». *L'Espagne Politique et Financière*. II. 55 (4-III). 2.
- . (1886c). «Causerie littéraire. Études de critique littéraire, par D. Marcelino Menéndez Pelayo». *L'Espagne Politique et Financière*. II. 76 (27-V). 1-2.
- . (1886d). «Causerie littéraire. Horace en Espagne». *L'Espagne Politique et Financière*. II. 81 (1-VII). 1.
- . (1889). *La poésie castillane contemporaine (Espagne et Amérique)*, par —. Paris. Librairie Académique Didier- Perrin et Cie., Libraires-Éditeurs.
- . (1903a). «Silhouettes contemporaines. M. Menéndez y Pelayo». *Bulletin Hispanique*. V. 2. 166-180.
- . (1903b). *L'Espagne littéraire: portraits d'hier de d'aujourd'hui. Première série: Manuel Tamayo y Baus, Marcelino Menéndez y Pelayo, José María de Pereda, doña Emilia Pardo Bazán*. Paris- Toulouse. Alphonse Picard et Fils- Édouard Privat.
- VALERA, Juan. (1881). «Contestación del Excmo. Señor Don —». *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la pública recepción del doctor don Marcelino Menéndez Pelayo el día 6 de marzo de 1881*. Madrid. S. n. [Imprenta de F. Maroto e Hijos].
- . (1889). «La poesía española contemporánea en Francia». *El Imparcial*. XXIII. 8070 (4-XI). *El Imparcial*. XXIII. 8084 (18-XI).

- (2005). *Correspondencia: volumen IV (años 1884-1887)*. Ed. Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo. Madrid. Editorial Castalia.
- (2008). *Correspondencia: volumen VII (años 1900-1905)*. Ed. Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo. Madrid. Editorial Castalia.